

bierno. Cuando el pueblo de París perdió su autoridad regular, parecía un ciego que hubiera perdido su perro. El problema de los problemas, es la estrecha alianza de la democracia con la libertad. Hay gobiernos democráticos que no son liberales. Hay gobiernos liberales que no son democráticos. Cuando la libertad romana sucumbió, el pueblo se encontraba con César. La República murió, pues, á las manos del pueblo. Y también el pueblo

de París comprometió gravemente la libertad republicana con sus intemperancias demagógicas. Pero después de confesar todo esto, exclama Rossel: «No creo tener ninguna preocupación á favor de los comuneros, pero debo decir, que á pesar de todas las infamias de la Comunidad revolucionaria, prefiero estar con los vencidos á estar con los vencedores.

Hé ahí Rossel.

CAPITULO CI.

LAS GRANDES DISIDENCIAS.

Singular temperamento en verdad el temperamento de París. En sus dolores más acerbos la risa no se aparta de sus labios. En los conflictos más supremos, antes aguza el epígrama que el raciocinio. Para la gran ciudad, todo asunto da motivo, primero que á la reflexión, á la caricatura. Habíalas, pues, bien extrañas, y sin exageración puede decirse que se reían las esquinas, donde campeaban junto á los programas de las innumerables candidaturas y á los decretos de la Comunidad revolucionaria. Pésimamente dibujadas, y de un fuerte y chillón colorido, casi todas tiraban á obscenas. Los extravíos de la libertad individual deben hallar un correctivo en la rigidez de las generales costumbres. Donde se puede herir el pudor impunemente, no queda ni un resto, ni una pavesa de pública conciencia.

La cara de Julio Favre es representada por un rábano; el vientre de Ernesto Picard por gigantesco sapo; pálida y demacrada mujer, con gorro frigio á la cabeza, pugna por no encerrarse dentro de estrecha mortaja que

clava Mr. Thiers. En lecho imperial, medio desnuda, la República tiene junto á sí al preferido amante, Rochefort, que la guarece contra un viejo de anteojos, con linterna sorda en las manos, y contra un jurisconsulto de barba corrida, armado de asesino puñal.

Sobre la cima de microscópica tribuna, juega un mono verde con una corona en la punta del rabo. Es el presidente de la República de Versalles, el cual dice: «puedo aseguraros que soy republicano y que adoro vuestra vil multitud.» Debajo se leen estas palabras: «el gallo francés va á ser desplumado.» Un pilluelo de Belleville, ébrio, alegre, silbando, vestido con blusa violeta y pantalón verde, ambas manos en los bolsillos, y la gorra en la nuca, exclama: «no quiero yo reyes.»

Siguen, según la cuenta de ocular testigo, legiones de amazonas del Sena, todas desnudas, pero tan gordas y monstruosas, que más parecen pintadas allí en contra de la lujuria que en contra de Versalles. El célebre Duchesne, rubicundo el rostro, centelleantes los ojos,

tiene en sus manos un diminuto Thiers, que rompe y desentraña como caprichoso niño recién comprado juguete. Francia desnuda, Rochefort á su lado, por los aleros de cercanas casas, dos gatos de Versalles que atisban á esta pobre paloma. La Sacra familia: un asno; Favre de San José; Thiers, disfrazado de nodriza, lleva en sus brazos un niño, el conde de París. La huida á Versalles se llama esta tontería.

Pero dejemos lo ridículo y vamos á lo triste. La Comunidad de París despidió á Rossel como había despedido á todos sus predecesores, ennegreciéndolo con el infame dictado de traidor. «Ciudadanos, decía, la traición se deslizó en nuestras filas. Desesperando de vencer á París por las armas, los reaccionarios intentaron desorganizar sus fuerzas por la corrupción. Su oro, vertido á manos llenas, encontró hasta en nosotros conciencias que comprar. El abandono del fuerte de Issy, anunciado en un cartel impío por el miserable que lo había entregado, era el primer acto de este drama; después debía venir una insurrección monárquica en el interior, coincidiendo con la entrega de una de las puertas para hundirnos en los abismos. Pero una vez más, la victoria ha quedado por el derecho. Todos los hilos de la tenebrosa trama en que la revolución debía quedar enredada, están á la hora presente en nuestras manos. La mayor parte de los culpados se encuentra ya en la cárcel. El crimen ha sido espantoso; pero el castigo será ejemplar. Los consejos de guerra funcionan en sesión permanente y harán justicia. La Revolución no puede ser vencida; no será vencida. Pero se necesita demostrar á la reacción que estamos á todo dispuestos antes que á consentir la pérdida de la bandera roja en nuestras manos; y recordar al pueblo que de él, sólo de él, de su energía, de su unión, depende la victoria. Lo que la reacción no ha podido hoy, lo intentará mañana. Que todos los ojos se conviertan á sus maniobras. Que

todos los brazos se apresten á herir impiamente á los traidores. Que todas las fuerzas se agrupen para el supremo intento; y entonces, sólo entonces, el triunfo será nuestro.»

Como la realidad desconcierta todos los planes y desmiente todos los programas. Ahí los teneis. Son la quinta esencia del comunismo contemporáneo. Sus inteligencias se han consagrado exclusivamente al problema social y á sus derivaciones. El cargo que siempre dirigieron á los republicanos templados fué el cargo de inconsecuencia. El día que llegaran ellos al poder cumplirían sus promesas todas sin quitarles ni una sola tilde. ¡Sus promesas! Respeto al sufragio universal; y habían torpemente consentido el nombramiento y el ejercicio de magistraturas no sancionadas por el número competente de votos después de resucitar los candidatos oficiales. Respeto escrupuloso á la libertad de imprenta; y habían suprimido por docenas los periódicos. Respeto á la inviolabilidad de la vida humana; y habían fusilado y fusilado á inocentes. Respeto al derecho de reunión; y habían disuelto á tiros las manifestaciones. Respeto á las creencias; y habían preso á muchas gentes por el delito de creer en Dios. Abolición de los consumos; y los consumos eran la única fuente de sus tributos y por consecuencia el único recurso de su gobierno. Abolición de las quintas; y todos los parisienses soldados. Seguridad del hogar y erigidas en sistema las visitas domiciliarias. Hé ahí la aplicación sincera de un programa.

Es verdad que los rojos se disculpaban con los circunstancias. Tenían razón; las circunstancias eran difíciles. Mas si á todo gobierno le obliga la necesidad á plegarse á las circunstancias ¿por qué no confesarlo francamente? ¿Por qué llamarse intransigentes cuando la política es una transacción continua? ¿Por qué sublevarse de impaciencia cuando los impacientes habían de someterse á la misma lentitud que los otros gobiernos? ¿Por qué sostener la inmediata aplicación de las ideas sin

contar, ni con el tiempo, ni con la realidad, ni con las creencias, ni con la historia? Tres meses tuvieron los comuneros en sus manos á París con sus enormes presupuestos, con sus inmensos recursos, con sus vigorosas fuerzas, ¿y qué hicieron? ¿Qué disposición tomaron de carácter general y permanente para extinguir la miseria, y para elevar el proletariado? Persuadió una vez más de que las revoluciones difíciles son las revoluciones sociales, y las revoluciones sociales se deberán más que á los cénaculos de los partidos y á las fórmulas de los gobiernos al lento influjo del tiempo y á la transformación natural de las sociedades por el cambio y renovación de las ideas.

Así no me extraña el descorazonamiento que se iba apoderando de muchos en aquellos días. Las cuestiones se trataban muy agriamente. En cierta ocasión Félix Pyat había hecho una de sus coqueterías amenazando con retirarse por la supresión de varios periódicos. Dejemos hablar á las actas:

El ciudadano Vermorel: Creo que la publicidad es convenientemente moral. Hemos recibido la dimisión de Félix Pyat; pero eso no le excusa de la responsabilidad contraída en los actos de que haya participado. El *Vengador* de ayer condena con vigor la supresión de ciertos periódicos: tócame hacer constar que esta medida ha sido aprobada aquí por Pyat, el cual hasta la ha propuesto la primera vez. Sépase pues. Y pido que siendo mi observación una observación de pública moralidad se inserte en el diario oficial.

El ciudadano Regere: Arrojo un formal mentís á la cara del ciudadano Vermorel.

El ciudadano Vermorel: Independientemente de lo sucedido aquí, Félix Pyat había presentado algunas mociones sobre ese particular en la Comisión ejecutiva.

El ciudadano Regere: ¿Creeis que ignoro yo cuanto sucede en los grandes cénaculos?

El ciudadano Vermorel: Calle el infame.

B.

El ciudadano Regere: El infame es quien calumnia á los ausentes,

Muchas voces: Aquí no hay calumniadores.

El ciudadano Regere: ¿No los ha de haber estando Vermorel?

El Presidente Varlin: Llamo á Bergere por vez primera al orden.

El ciudadano Mortier: Decidióse anteriormente que todas las dimisiones serian rechazadas, y no sé por qué causa Félix Pyat, presente el día de la medida contra los periódicos, nos importuna hoy con un acto de esa clase.

El ciudadano Babik: Hemos dicho que todas las renunciaciones serian consideradas como traiciones.

El ciudadano Mostier: No se debe dejar un puesto cuando es de peligro y de honor.

El ciudadano Clement: Félix Pyat ha estado siempre, y yo no lo critico, por las medidas violentas. Y hoy nos censura no solamente por la supresión de los periódicos, sino también por el encarcelamiento de los ciudadanos. Pues yo digo que es indigno el desertar así de nuestras banderas. Habeis arrestado á varias gentes por muchísimo ménos. Pido la prisión de Félix Pyat.

El ciudadano Blanchet: Tócame declarar que la Comunidad se daña gravemente no procediendo con la debida energía. Si continuamos en esta incertidumbre, pereceremos inmediatamente. No se ven ni se sienten los medios revolucionarios; y la reacción se organiza. ¿Dónde está el decreto sobre el jurado de acusación? ¿Cómo se aplica la ley contra los enemigos de la obra del 18 de Marzo? Los que dicen que la Comunidad falta á la revolución, lo dicen con sobrado fundamento. Los malditos reaccionarios toman mucha fuerza. Nosotros damos muchos decretos; pero ninguno se ejecuta. Estamos perdidos.

El ciudadano Delescluze: Todo el mundo es culpado de la lentitud debida principalmente á ridículas querellas. El elemento militar domina sobre el elemento civil. Pero yo

estoy decidido á permanecer en mi puesto. Y si no vemos la victoria, á morir, ó sobre las murallas, ó en las escaleras de este edificio.

Otro día se trató de la incomunicación de los presos políticos, y los debates tomaron el mismo aspecto de guerra y de violencia.

El ciudadano Raoul Rigault: Ayer, estando yo ausente, habeis decidido que todos los miembros de la Comunidad tienen derecho de visitar á todos los presos. De acuerdo en esto con la Comision de vigilancia que habeis adjuntado á mis trabajos, pido que revoqueis vuestra medida, á lo ménos respecto á los incomunicados. Si manteneis vuestro voto, me veré en el caso de ofrecer mi renuncia; y no creo que nadie pueda en esta situacion aceptar tamaña responsabilidad.

El ciudadano Arturo Arnould: Resulta de las palabras del ciudadano Rigault, que la incomunicación se mantiene hoy. Protesto enérgicamente. La incomunicación tiene mucho de infame. Es la tortura moral sustituida á la tortura física. En nombre de nuestro honor, decidamos romper ahora mismo todas las incomunicaciones decretadas. Aun bajo el aspecto de la seguridad, semejante medida peca de inútil. Se encuentra siempre algun medio de comunicar con el exterior. Nosotros hemos sufrido esa bárbara pena bajo el Imperio, y hemos logrado comunicar con el exterior, y hasta poner artículos de nuestro puño y letra en los periódicos. Condeno la incomunicación, y os propongo que os asociéis á mis votos en completa consonancia con vuestras ideas.

No comprendo cómo hombres que han pasado su vida combatiendo los errores del despotismo, cuando están en el poder, repitan estos mismos errores. Escoged. O la incomunicación es buena ó es mala. Si es buena, no debimos combatirla; si es mala, no debemos mantenerla.

El ciudadano Rigault: El que no ha visto jamás los informes que preceden á la clausura de un criminal, puede enternecerse así

por sentimientos de humanidad y de familia.

El ciudadano Vermorel: Yo creo que colocado el problema en la esfera de los principios, la incomunicación no puede ser sostenida; pero creo también que los detenidos políticos, los presos políticos, son vuestros enemigos. ¿Si suprimís la incomunicación, cómo encontrar los cómplices? Protesté de esa medida tomada contra mí, bajo el Imperio, es verdad. Pero protesté porque habia sido preso arbitrariamente. No creo que haya quien sostenga la incomunicación absoluta, porque entonces el proceso seria imposible, siendo su instrucción difícilísima.

El ciudadano Rigault: Declaro que á consecuencia de lo imposible que es armonizar nuestra nueva posición y las necesidades del servicio, no tengo más remedio que presentar y mantener mi renuncia. Pido, pues, que se vote inmediatamente acerca de mi reemplazo.

El ciudadano Babick: Pido que se me oiga una proposición. Propongo que el ciudadano Arnould que ha criticado tan vivamente al ciudadano Rigault, sea nombrado en su lugar.

El ciudadano Andriev: Pero si esa proposición del ciudadano Babick se acepta ¿á dónde vamos á parar? Si nos obligan á sustituir todos los cargos, cuyo ejercicio criticamos, ¿qué va á ser de nosotros? Eso es absurdo.

Muchas voces: Justo, justo, justo.

Después de un debate interminable en que se decían toda suerte de extravagancias, la renuncia del dimisionario es aceptada y luego su ilustre persona por otro medio indirecto reinstalada en las mismas funciones que antes desempeñaba. Así la Comunidad revolucionaria se desacreditaba cada día más, y su acción se perdía y se paralizaba por estas mutuas sospechas y estas continuas contiendas. Ó no es nada el gobierno, ó es la unidad de acción juntamente con la unidad de pensamiento. Las Asambleas que se empeñan, saliéndose de su natural esfera en gobernar, caen siempre en irreparables catástrofes.

CAPITULO CII.

LA JUNTA DE SALVACION PÚBLICA.

En el capítulo en que delineamos el retrato de Rossel nos referimos al origen de la Junta de Salvación pública y á parte de los móviles que habian determinado su establecimiento. Pero como este sea asunto de la mayor importancia, no puede tratarse por mera incidencia y reclama especialísima y madura atención. Reinaba por entonces en París la superstición de los nombres y el remedo de las antiguas escenas revolucionarias. Una literatura apasionada y una crítica débil convertidas en apologistas ciegas de la revolución francesa infirieron al buen sentido político el agravio de restaurar todos los errores, todos los crímenes y todas las instituciones, causas primeras del aborto de la República y del triunfo de su funesto heredero, el maldito Imperio. Un día que el gran escritor Edgar Quinet quiso desde el destierro llevar la crítica al seno de la revolución, se alarmaron los revolucionarios históricos y le infirieron toda suerte de agravios sin respetar sus ilustres canas y sus antiguos servicios. Habíamos llegado á constituir una especie de santoral

como los más piadosos y los más intolerantes católicos. Habíamos llegado á convertir la revolución francesa en fantástica leyenda. No se medían las diferencias de tiempo, de circunstancias, de educación pública, de fé política; se creía que con restaurar inconsideradamente algunos nombres de aquella época ciega pero heroica, sin restaurar su ceguera, se habia restaurado su heroismo.

El pueblo, á causa de nuestra atrasada educación pública, cree firmemente en esa especie de amuleto y de sortilegio que se llama la virtud de los nombres. Y así como durante el gobierno de la defensa Nacional pedía el gobierno de la Comunidad revolucionaria, durante el gobierno de la Comunidad revolucionaria, pedía el gobierno de la Junta de Salvación Pública. En esta popularidad de fórmula semejante mostrábase también extrañísima anomalía, explicada sólo por la confusión de todas las nociones políticas. Pretendían pasar los comuneros de París por federales, por ardientes partidarios de la doctrina que consiste en reconocer primero al